



H-industri@ *Revista de historia de la industria argentina y latinoamericana*

Año 1- Nro. 1, segundo semestre de 2007

Primeras Jornadas de Historia de la Industria y los Servicios

Los días 9 y 10 de agosto de 2007 tuvieron lugar las **Primeras Jornadas de Historia de la Industria y los Servicios**. El evento, que contó con el auspicio CONICET, reunió setenta trabajos de investigadores de diversas universidades del país y del extranjero. En la conferencia inaugural disertaron el Dr. Aldo Ferrer y el Presidente de la Unión Industrial Argentina, Juan Carlos Lascurain. En el cierre de las Jornadas disertaron la Dra. Noemí Girbal Blacha y el Dr. Mario Rapoport. Las palabras finales estuvieron a cargo del Dr. Marcelo Rougier. Los textos de estas conferencias son reproducidos a continuación.

Dr. Aldo Ferrer

En un momento de cambios como el que estamos viviendo, mirar la trayectoria del país a lo largo de su historia, es una fuente permanente de enseñanzas, por lo tanto estas jornadas son oportunas. No solo porque la historia es en sí misma una materia apasionante, sino porque vuelvo a insistir que nos enseña a entender mejor la realidad que estamos viviendo actualmente. Cuando Jorge Schvarzer presentó su magnífico libro “La industria que supimos conseguir”, yo comenté que era un libro de suspenso, porque en la lectura de las primeras partes parecía que la historia iba a terminar bien. La industria originalmente estaba vinculada a la producción primaria, señalando el hecho que Argentina por su extraordinaria dotación de recursos naturales había logrado un ingreso *per capita* elevado y un nivel de bienestar en comparación internacional relativamente alto; no era estrictamente un país subdesarrollado, pero sí era claramente un país subindustrializado, en donde en virtud del tamaño ya de su economía y de sus posibilidades tenía, como efectivamente lo revelaron Canadá, Australia y los Estados Unidos, la posibilidad de construir simultáneamente una economía de una amplia base de recursos naturales, en primer lugar en la producción agropecuaria y simultáneamente en la producción industrial. Entonces esa primera etapa provocó, sin embargo, una transformación considerable, y finalmente el shock de la crisis de 1930 interrumpe la viabilidad del modelo de crecimiento hacia fuera. El país queda descolgado del sistema internacional que había sido la base de sustentación de su proceso de desarrollo y comienza la llamada industrialización sustitutiva. Desgraciadamente en un escenario extremadamente conflictivo. La transformación que inexorablemente planteaba la urbanización, la industrialización, la formación de nuevos grupos sociales, la formación de una clase obrera importante, los problemas de integración territorial; esto implicaba una conmoción profunda en las relaciones sociales y en la distribución del poder. Y allí más que nunca necesitábamos un marco institucional y político estable que pudiera transar los conflictos y encuadrarlos de una forma compatible con la gobernabilidad de la economía y la creación de oportunidades de inversión y de aprovechamiento del potencial argentino. Justo cuando más necesitábamos la democracia, la democracia se vino al piso por el golpe de 1930 y, por lo tanto, todo este proceso inexorable de transformación se produjo en el peor de los escenarios posibles, extremadamente

conflictivo: golpe de Estado. Luego, el ascenso del peronismo al poder en 1946 abrió nuevas oportunidades a la industria, pero también sin poder lograr constituir normas de convivencia políticas y democráticas de largo plazo que estabilizaran las relaciones sociales y por lo tanto le diera a la industria una base de sustento de largo plazo.

Lo notable es que a pesar de la fuerte inestabilidad de ese período, como lo revelan los censos industriales en el 64 y en el 74, el proceso de transformación fue notable. Es lo que nos marca Jorge en el libro, cómo se fue generando nuevos espacios, aumentando el tamaño de las plantas, generando incluso capacidad competitiva internacional, las empresas desarrollando departamentos de investigación y desarrollo. Es decir, una serie de elementos reveladores de una madurez notable del sistema industrial, aún en condiciones extremadamente inestables desde el punto de vista político institucional. Es así que surgía, como yo comentaba al principio, en la lectura de ese libro, la idea que cuando uno veía el sistema creciendo decía: esto termina bien; pero terminó muy mal. Terminó muy mal porque la fractura de la sociedad argentina fue tan brutal que se produjo el golpe de Estado de 1976, con el estallido de la violencia, el terrorismo de Estado, y la adopción de una política de desmantelamiento de la capacidad productiva, de apertura incondicional, de predominio de la hegemonía de la especulación financiera sobre la actividad real que provocó estragos en el aparato productivo y una transformación profunda en el propio aparato industrial: concentración, desarrollo en algunas industrias vinculadas a recursos naturales, a industrias básicas. Pero todo el tejido rico de las PyMes en las economías regionales, en los procesos de transformación, incluso en los sectores de mayor dinamismo de la industria moderna – como es el sector electrónico- donde la Argentina tenía... Recuerdo que yo era Ministro de Economía en 1970, cuando en el Centro Argentino de Ingenieros FATE presentó un equipo electrónico magnífico, probablemente mejor de lo que estaban haciendo los coreanos en esa época; y nuestro querido y recordado amigo Marcelo Diamand era un empresario de frontera del sector electrónico que estaba destinado a ser un protagonista importante de esa industria emergente.

Bueno la apertura fue fatal porque destruyó precisamente estos núcleos, estos elementos nuevos de las tecnologías de frontera, que requería un escenario propicio para poder desplegarse el país. Es un país que constituye en el escenario internacional probablemente uno de los casos más dramáticos de la historia contemporánea mundial, de un país que logra durante un período prolongado retroceder en los niveles de bienestar y de organización social que había alcanzado en sus etapas anteriores. Y este proceso culminó finalmente en la década del 90, institucionalizando una política de tipo de cambio sobrevaluado, de otras vez fuertes desequilibrios macroeconómicos sustentados sobre la base del endeudamiento, una extrema vulnerabilidad a la volatilidad de los mercados financieros internacionales y finalmente el colapso del sistema en el 2001, con una fuga masiva de capitales y el derrumbe de las reglas del juego y de los ejes organizativos de toda sociedad moderna: del presupuesto, la moneda, el tipo de cambio. Se vino todo abajo y el país se confrontó entonces en una crisis terminal de un sendero abierto en 1976 que provocó este cataclismo que culmina en el 2001 y 2002, y que nosotros en el Grupo Fénix, en las reuniones que realizábamos en el curso del 2001, anticipábamos. Es así que surgió de alguna manera la relevancia que la actividad del Grupo alcanzó a partir de entonces. Porque dijimos en aquellos documentos del 2001 que la seguridad jurídica y el respeto a los contratos era una condición esencial de una economía organizada, pero que solamente podían mantenerse en la medida en que las condiciones macroeconómicas de base los hicieran posible. Y como eso no era posible porque el país estaba organizado sobre las bases de una moneda extranjera y el endeudamiento, estaba amenazada la seguridad jurídica. Pocos meses después se desplomó todo el régimen del contrato en dólares, se entró en *default*, y se produjo ese desorden al que estamos haciendo referencia.

En definitiva entonces, la historia de la industria argentina, es la historia de la industria del país, de sus conflictos, en un escenario tan inestable y difícil. Era muy difícil constituir un empresariado nacional dinámico, fuerte, capaz de preservar en manos nacionales los núcleos fundamentales de la acumulación y del cambio técnico, para reciclarlos en el proceso económico argentino. Como sucede en todos los países exitosos. Uno de los datos que está siempre presente en las que son hoy grandes economías industriales y en las que se están constituyendo en grandes economías industriales- Corea, Taiwan, Malasia y desde luego los grandes gigantes India y China- siempre contaron con un elemento fundamental:

liderazgos políticos y empresarios con vocación de acumular poder dentro del propio espacio preservando el dominio de los recursos fundamentales y por lo tanto del proceso de acumulación y de cambio técnico. Aquí en ese escenario de conflictualidad, nosotros transferimos a filiales de empresas extranjeras segmentos fundamentales del aparato productivo. Los estudios de la CEPAL hace un tiempo indicaban que de las 500 mayores empresas, más de 300 son filiales de empresas extranjeras que generan más del 80% del valor agregado. Esto implica una pérdida de participación del empresariado nacional que en sí mismo constituye un obstáculo de crecimiento de largo plazo. Lo cierto es que nos sirve para entender mejor la realidad actual, y sobre todo debe servirnos, no para llorar sobre la leche derramada, sino para aprovechar las experiencias y tratar de iniciar rumbos que permitan acercar el país real, el país actual, el país que tenemos ahora en la actualidad, al país posible. Hay una brecha gigantesca entre lo que es la Argentina hoy y lo que la Argentina puede ser. Porque hay pocos países en el mundo que cuentan con el recurso fundamental del desarrollo que es una sociedad capaz de administrar el conocimiento disponible. El recurso fundamental de desarrollo de un país es la capacidad de su gente de administrar el conocimiento para aplicarlo en los bienes y servicios y en la organización económica. Argentina ha revelado tener recursos humanos valiosos en ese sentido y además tiene una dotación fenomenal de recursos de diverso tipo. De tal manera que el país posible, es un país de gran potencial. Sin embargo el desarrollo que hemos alcanzado está muy lejos de eso, y hay una brecha realmente gigantesca entre lo posible y lo actual.

Y ahí se plantea la crisis fenomenal del 2001 y del 2002, y ustedes recordarán que en ese entonces los pronósticos eran realmente pesimistas; incluso recuerdo algunos economistas internacionales que dijeron que Argentina era incapaz de autogobernarse, que de alguna manera había que ayudar a este pobre país a salvarlo de sí mismo. Y de nuevo un país suplicando la ayuda internacional, con la idea que íbamos a la hiper, que íbamos a terminar dolarizados y finalmente monitoreados por el FMI. Bueno, afortunadamente las cosas siguieron otro rumbo. El propio derrumbe del modelo anterior cambió las reglas del juego, el sistema monetario se pesificó y se recuperó el instrumento monetario que no teníamos de hecho bajo un régimen de hecho dolarizado. Fue posible recuperar la solvencia fiscal, la modificación del tipo de cambio modificó los precios relativos y abrió espacios de rentabilidad que habían sido cerrados por la sobrevaluación cambiaria. Este cambio de circunstancias fue muy bien aprovechado por la política económica que permitió recuperar la solvencia fiscal, estabilizar el tipo de cambio, un nuevo set de precios relativos, recuperar la política monetaria y reabrir espacios de rentabilidad, provocar un shock de rentabilidad que efectivamente explica este repunte notable de la producción industrial a lo cual se suma un proceso de más largo plazo de esa transformación extraordinaria que se está verificando en la producción agropecuaria argentina, que está operando hoy en la frontera del conocimiento tecnológico y que es un activo fundamental del desarrollo argentino y que nos vuelve a plantear otra vez la necesidad de encontrar un pacto definitivo, un acuerdo definitivo, entre estos dos sectores fundamentales de la economía nacional que han vivido históricamente en una relación conflictiva. Estas nuevas oportunidades abiertas provocaron una serie de hechos que de alguna manera desautorizaron lo que fueron el conjunto de ideas con las cuales el país se manejó por mucho tiempo: que no teníamos ahorro, que sin crédito internacional y sin inversión extranjera no había acumulación de capital. Tuvimos crédito hasta el nivel de insolvencia y se vendió gran parte del patrimonio nacional durante la década del 90 y la tasa de inversión terminó siendo la mitad de lo que era históricamente; porque cuando se achican los espacios de rentabilidad, disminuye el ahorro, se fuga el capital y por lo tanto baja la tasa de inversión. Entonces quedó demostrado que no era cierto, y, de hecho, toda la recuperación de estos años se hizo con recursos propios, con ahorro argentino que permitió generar excedente para pagar deuda, recuperar una fuerte solvencia fiscal y además aumentar notablemente las reservas internacionales del país. La idea que si el país entraba en una crisis financiera y se rompían las relaciones con el sistema financiero, que la realidad se desplomaba. No fue así. El sistema real sobrevivió el aislamiento financiero internacional y la crisis financiera quedó encapsulada en sí misma. El país real siguió funcionando, los barcos siguieron saliendo, con productos argentinos, con importaciones, incluso siguió la corriente de inversiones privadas directas. Y también el hecho que el país lejos de ser un país intrínsecamente ingobernable por la incapacidad de sus habitantes, demostró todo lo contrario. Que dadas

estas circunstancias, era posible recuperar la gobernabilidad que es una condición indispensable de cualquier proceso de desarrollo. Porque en el marco del desorden no se puede construir nada.

Entonces ahora, en estos principios del siglo XXI, estamos confrontados con el recuerdo de la historia, el aprendizaje que surge de esa reflexión, un nuevo escenario internacional; la experiencia también nos ha demostrado que la globalización no es ni buena ni mala en sí misma, depende de lo que uno haga con ella. La globalización plantea desafíos y oportunidades, frente a las cuáles uno puede desprenderse, o puede por el contrario mantener la gobernabilidad, preservarse de la volatilidad internacional e incorporar la inversión extranjera de una manera positiva y constructiva en un sistema en el cual se conserva el liderazgo de los protagonistas nacionales. Entonces en este escenario que se está abriendo ahora, hemos ido demostrándonos a nosotros mismos que el país tiene recursos, que puede gobernarse, que puede organizarse, las instituciones de la democracia sobrevivieron incluso un embate fenomenal. Porque si todos recordamos el 2001-2002, la crisis no era solamente económica; había un presidente renunciado, sin vicepresidente, un conflicto terminal en el seno del partido mayoritario. Estaba comprometida la misma estabilidad institucional del país. El país sobrevivió eso y las instituciones, desde luego hay que mejorarlas, pero demostraron su vigencia. Un escenario distinto, en el cual hay un país que ha recuperado confianza en sus propias fuerzas y que tiene una agenda de problemas realmente muy importantes. El primero la cuestión social: es muy difícil que podamos construir un desarrollo industrial a largo plazo sin normalizar el mercado de trabajo, sin formarizarlo, sin mejor empleo de calidad, sin mejores políticas de educación, salud, elevación de la calidad de vida, medio ambiente. Uno encuentra discursos en la actualidad en dirigencias empresarias que durante mucho tiempo eran voceros del pensamiento convencional llamado neoliberal, un énfasis en otras cuestiones: en la industria, en la tecnología, en el mercado interno, en la integración social, y esto puede ser un indicio que está mejorando la calidad de los liderazgos que en parte es resultado del hecho que el país se ha ido recomponiendo a partir de la consolidación institucional, el surgimiento de un pensamiento crítico. El derrumbe del modelo neoliberal no evita que todavía escuchemos con mucho énfasis y mucho predicamento interpretaciones, consejos, muy ligados a la visión ortodoxa que no ha andado bien. Nuestra experiencia desde el Grupo Fénix, el hecho que los puntos de vista heterodoxos tengan un mayor predicamento y que de algún modo se reflejen en las políticas públicas está indicando un cierto cambio de circunstancia.

Entonces, en la medida que seamos capaces de consolidar las instituciones, la democracia, la transparencia, fortalecer la cohesión social, los liderazgos con vocación de acumulación de poder dentro del propio espacio nacional, abiertos al mundo, pero manteniendo el control de lo nuestro; en la medida que consolidemos un pensamiento crítico, yo creo que es posible que estemos abriendo hoy, por fin, y de una buena vez, una nueva etapa del desarrollo económico argentino y de la industria argentina. Y quedan allí algunos temas fundamentales. Yo creo que trabajar en esta idea de lograr un entendimiento de políticas públicas y de los propios actores protagonistas del campo y de la industria me parece un dato muy importante, para realmente resolver problemas muy puntuales. Porque esto uno lo puede decir en términos muy generales pero cuando hay que aterrizar en el tema del tipo de cambio, de las retenciones, el financiamiento, y otra serie de temas, se entra en el terreno de la disputa. Pero si se puede poner esa disputa en el marco de una reflexión abarcativa del interés general en donde lo que es bueno para el campo es bueno para la industria y todo lo que es bueno para la industria es bueno para el campo, se puedan sentar bases de entendimiento que se puedan reflejar después en las mismas políticas públicas. Queda después el tema del financiamiento, temas fundamentales. Toda la recuperación de los últimos años de la industria se ha hecho básicamente con recursos propios de las firmas, no hay prácticamente créditos de inversión. El crédito representa el 10 u 11 % del PBI, la mayor parte está destinado al consumo; la creación de instrumentos de financiamiento, crear una función ampliada de la banca de inversión, que se pueda comprometer al sector financiero en la canalización de recursos a largo plazo y, desde luego, consolidar la gobernabilidad: fiscal, monetaria. Y el tipo de cambio que sigue siendo uno de los temas más venenosos y conflictivos de la política económica argentina. Y queda abierto en este terreno un interrogante en la actualidad: por qué si aceptamos por ejemplo que la paridad actual es una paridad razonable, que abre espacios de rentabilidad, según los cuáles el lugar más rentable y seguro para aplicar el ahorro argentino puede ser la Argentina; al mismo tiempo qué pasa con

esta paridad nominal frente a un aumento de precios internos, como el que estamos teniendo, si el tipo de cambio nominal no se modifica. Es uno de los mayores interrogantes probablemente en el corto plazo de la política económica, porque la previsibilidad de la capacidad competitiva es esencial para la toma de decisión de inversión. Este es un punto que hay que resolver.

Pero de alguna manera estamos enfrentando estos problemas en un país que está aprendiendo cosas de su historia, que está entendiendo qué es lo que no le sirve, y está empezando a entender qué es lo que le sirve; para que este país actual de la Argentina, con tantas debilidades, se pueda poner a la altura del país posible y de su formidable potencial. Para lograr lo que es en definitiva el objetivo del desarrollo siempre, el bienestar social.

Juan Carlos Lascurain – Presidente de la Unión Industrial Argentina

Primeramente gracias por darle la oportunidad a la Unión Industrial Argentina de participar de estas Primeras Jornadas de la Historia de la Industria y de los Servicios. Vamos a hablar un poquito de la historia brevemente, pero también de lo que nos pasa hoy y de los desafíos del futuro.

Argentina presentó sus primeros indicios de industrialización a fines del siglo XIX acompañando al modelo agroexportador vigente hasta la década del 30 del siglo pasado. En ese momento el sector industrial pasó a ocupar un lugar de cierto privilegio en la economía argentina, en el denominado proceso de sustitución de importaciones. Ya con el gobierno del Dr. Arturo Frondizi, que comenzó en 1958, las actividades industriales comienzan a ser el motor del crecimiento de la economía, creando empleo, y base fundamental de la acumulación de capital. Durante esos años, se logró crear una capacidad tecnológica y de saberes técnicos muy destacada en el ámbito latinoamericano. En ese marco, se destacaban la industria automotriz, diferentes ramas del sector metalmeccánico, y el complejo petroquímico. Si bien existía una gran escala de producción y se estaba relativamente lejos de la frontera tecnológica, el escenario fue propicio para la generación de un tejido social y productivo cohesionado con una acumulación de conocimiento significativo. Sin embargo promediando la década del 70, el modelo de industrialización presentó un conjunto de dificultades en un escenario internacional que se caracterizaba por el pasaje del mundo de la electromecánica al mundo electrónico. La respuesta local no consistió en aprovechar los acerbos tecnológicos acumulados en las décadas transcurridas, enfrentando sus dificultades y orientando la política económica a consolidar el proceso de desarrollo industrial, sino todo lo contrario. Se esbozó un plan de reforma estructural asociado a la apertura de la economía en donde el fracaso implicó la total desarticulación del aparato productivo. Fue un proceso continuo de desindustrialización que culminó con la peor crisis de nuestra historia, sobre finales de los años 2001. De esta forma, mientras que la industria pasó a representar un 15% del PBI durante la primera década del siglo XX hasta un 28% en los años 60, las recetas ortodoxas la llevaron a ser el 16% del PBI. Asimismo el comportamiento errático que tuvo el tipo de cambio real desde mediados de los setenta se reflejó en una continua dificultad de establecer el sendero de crecimiento al cual convergían las distintas variables del sistema económico, afectando así la toma de decisiones de producción. La mayor expresión de este proceso se dio a comienzos de los años noventa donde, a partir de la apertura irrestricta de los mercados, la apreciación real del tipo de cambio conjugaba altas tasas de crecimiento con la continua pérdida de cohesión del aparato productivo nacional, producto de la pérdida de numerosos establecimientos industriales, enfrentados a la competencia externa. Esto le quitó conexión e interdependencia a la cultura organizacional y productiva del país, afectando la creación de empleo y ampliando las brechas sociales por el avance de la informalidad, la pobreza, y la indigencia. La recesión económica iniciada en el tercer trimestre de 1998, cristalizaba el subdesarrollo nacional socavando la sostenibilidad de un esquema cambiario que alcanzó su quiebre junto a la peor crisis socioeconómica de la historia de nuestro país. Durante esta última fase el PBI real tuvo una caída anual promedio de 3,2% ampliada a 5,3% en el caso de la industria, cerrando un ciclo que derivó en altas tasas de desempleo: 23%, y de subocupación 18,6%, con la mitad de la población bajo la línea de la pobreza y más del 20% de indigentes. Cinco presidentes en una semana, *default* histórico, ruptura de contratos y quiebres generalizados en el sistema financiero,

son algunas de las cosas que pasamos hace tan solo 6 años. Sin embargo, la configuración de precios relativos delineada a partir del 2002 dinamizó la actividad económica en los sectores productores de bienes, en particular en la industria manufacturera y en la construcción, las cuáles vienen liderando el crecimiento. Y a partir del 2005, con una economía consolidada, el resto de las actividades comenzaron a converger a un ritmo de crecimiento relativamente homogéneo. En este marco, la economía lleva 20 trimestres de expansión ininterrumpidos con un crecimiento acumulado del 50% desde principios del 2002. El motor de este crecimiento es la industria manufacturera, cuya producción se encuentra un 17,1% por encima de junio de 1998 y un 76,3% respecto de marzo del 2002. La inversión ha mostrado un gran dinamismo con tasas de crecimiento promedio cercanas al 25% ha empujado el crecimiento económico argentino sobre la media internacional y actualmente representa un 21,7% del producto bruto industrial. Sin embargo, no es un dato menor que solo el 40% de la inversión sea en equipos durables de producción; en otros países alcanza al 50%. Este empuje inversor ha ido desplazando la importancia de la subutilización de la capacidad instalada en el tiempo; mientras que esto último explicaba casi el 100% del producto industrial en el 2003, durante el 2006, tal participación cayó al 4% presentando un nivel general del 73%. En materia de empleo industrial y desde el año 2002 se crearon más de 320 mil nuevos puestos de trabajo formales, con un incremento del salario nominal por obrero del 160%. En este marco, el salario real del obrero se incrementó más de un 32%. A su vez el peso de la informalidad en el sector se ha ido incrementando fuertemente y, en la actualidad, está cercano del 70%. Sin embargo el peso de la informalidad laboral para el total de la economía sigue en niveles elevados, cercanos al 42%. Este dato no es menor. Las remuneraciones de los asalariados no registrados del conjunto de la economía argentina todavía no recuperaron el poder adquisitivo previo a la crisis, mientras que las remuneraciones en el sector formal de la economía crecieron un 141% entre el 2001 y mayo del 2007. Las remuneraciones del sector informal lo hicieron solamente en un 74%, es decir, la mitad; mientras que la de los empleados públicos tan solo crecieron un 52%. Con el crecimiento de la actividad y la mejora del empleo, el desempleo logró romper la barrera del dígito en el 2006, al tiempo que la pobreza y la indigencia alcanzaron ya sus niveles precrisis; todo lo cual permitió que se recupere la participación del trabajo en el producto alcanzando el 42% en el año 2006.

No obstante, para que la distribución del ingreso siga mejorando es crucial avanzar en la formalización de la economía. En este contexto, y a pesar de algunos problemas a los que estamos asistiendo como en el caso de la energía, creemos que la economía crecerá cerca de un 7,5% durante el corriente año, mientras que la industria lo hará en torno al 6,5%. No obstante existen temas de relevancia que deben atenderse para consolidar este sendero de crecimiento que ya supera los cinco años. Existen cuestiones de orden estructural como el preexistente déficit de las manufacturas de origen industrial que alcanzó 15.781 millones en el año 2006, la comparación entre exportaciones e importaciones, superando en un 17% el 2005. Esto puede tener una explicación de la mayor cantidad de compras de bienes durables para inversiones. Esto se condice con los dólares exportados por toneladas que promedian los 471. La Argentina tiene un promedio de 471 dólares por toneladas exportadas, mucho menos de lo que exportan las economías desarrolladas. Sin embargo, las manufacturas de origen industrial exportan un promedio de 1991 dólares por tonelada, mientras que los productos primarios ascienden a 271 dólares por tonelada.

Hacia adelante, el paso del crecimiento al desarrollo supone profundizar los cambios en al menos dos sentidos de diversificación estructural y regional. La forma de inserción internacional y la de la producción regional como medios para alcanzar las metas de progreso e integración social. Se debe generar un consenso en la sociedad sobre el país que queremos, una concertación entre las cámaras empresariales, sindicatos, universidades y medios de difusión en defensa del interés nacional. El Estado juega en ese marco un papel central mejorando la capacidad institucional y coordinando un modelo sustentable de crecimiento de largo plazo. El desarrollo debe ser visto como un proceso de construcción de capacidades sociales, mercados e instituciones. Sin lugar a dudas hemos asistido a un período de crecimiento económico y recomposición productiva; sin embargo, sigue latente la consecución de este proyecto de desarrollo que permita sostener el desempeño macroeconómico a lo largo de los años. Debido a esto resulta impostergable avanzar en la generación de riqueza y de valor agregado, no solo en la cantidad

(clave del crecimiento) sino también en la calidad, llave del desarrollo económico. Esto nos obliga a pasar de la macroeconomía a la microeconomía para así trabajar sobre las cadenas de valor.

Para terminar me detengo unos segundos en este último punto porque aquí radica la importancia de este evento. A partir del año 2002, desde la UIA se inició un análisis y relevamiento conjunto entre el sector privado y público sobre la matriz productiva nacional en pos de instalar una agenda de desarrollo productivo. Esta matriz culminó este año con cinco cadenas de valor en la región del NOA. Se analizaron un total de 13 cadenas de todas las regiones que representan cerca de 3 millones de empleos directos y más de 30 mil millones en exportaciones. La necesidad de instalar una agenda conjunta entre todos los sectores de la economía y a lo largo de la cadena de valor, en donde pueden completarse los esfuerzos tanto del sector productivo como el de los servicios, y es fundamental para poder acercarnos gradualmente a la frontera del conocimiento.

Es por esto que este tipo de Jornadas deben servir como punto de partida para instalar en la sociedad civil en general, y en los ámbitos académicos en particular, un debate acerca del modelo del país que queremos, de la necesidad de sumar esfuerzos en pos de un proceso de desarrollo que sea continuo, estable y distribuya socialmente la generación de la riqueza.

Dra. Noemí M. Girbal-Blacha

“La industria en debate. Perspectivas históricas.”

Es un honor para mí participar de esta mesa de cierre de las Primeras Jornadas de Historia de la Industria y los Servicios y hacerlo en tan querida y calificada compañía. Agradezco -como Directora de las Ciencias Sociales y Humanidades del CONICET- que el Dr. Marcelo Rougier me haya cursado esta invitación, porque me permite estar aquí con todos ustedes para poder compartir, aunque sea brevemente, los benéficos resultados de este foro de debate académico.

Generar conciencia en la sociedad acerca de la importancia y del significado de la ciencia como inversión, es un desafío cuando se trata de mejorar la calidad de vida de todos los argentinos, esencialmente en momentos en que el mundo entero reclama la inclusión para formar parte de la llamada “*sociedad del conocimiento*”. Es ésta una tarea de responsabilidad que debe asumir la ciudadanía en pleno.

Para conseguir el efecto multiplicador buscado, las Ciencias Sociales deben estar presentes a la hora de formular políticas públicas de mediano y largo plazo -más allá de la necesaria “*vitrina*” de la información- porque son parte sustantiva de la Ciencia con mayúsculas. Formación de investigadores, creación de empleo calificado y desarrollo tecnológico también comprende a las Humanidades y a las Ciencias Sociales. Siempre es conveniente recordarlo, difundirlo y apreciarlo. Por estas razones resulta muy oportuno el abordaje multidisciplinar del tema central de estas Jornadas, como aquí se ha hecho.

El CONICET es el máximo organismo científico de la Argentina y la formación de investigadores, tecnólogos y becarios es una de sus funciones sustantivas. Provee al país de prestigiosos científicos, tecnólogos y académicos, capaces de contribuir a la solución de los problemas nacionales, entre los cuales la cuestión de la industria y los servicios es uno de ellos y así lo demuestran los proyectos en curso y las sucesivas presentaciones de investigadores y becarios que hacen referencia a este asunto.

Las investigaciones científicas en demografía, sociología, economía, historia, geografía, derecho, ciencias políticas, entre otras, tienen mucho que aportar a la superación de la crisis argentina -aunque hoy aparezca velada- en una variada gama de aspectos institucionales, económicos, financieros, políticos, culturales y sociales que aluden directamente a los temas vinculados a la industria y los servicios.

En un país de casi 3 millones de kilómetros cuadrados como la Argentina, con una población escasa y distribuida -como la riqueza y el ingreso- de manera desigual, el debate sobre la activación de las políticas industriales y de empleo en contraste con la estrategia europea y referidas a la transición desde las lógicas de precarización de la relación salarial a las problemáticas de la llamada “*flexiguridad*”, son asuntos por demás interesantes cuando se trata de generar políticas, que deben conciliar 2 objetivos: “*reducir el costo del trabajo*” y “*hacer que el trabajo pague*”, sin olvidar la legislación, la negociación colectiva, la descentralización, la necesaria industrialización y la existencia del contrato de trabajo. También lo son a la

hora de plantear los estudios sectoriales, la promoción industrial, la relación entre empresas y empresarios, las políticas tecnológicas y de innovación en las empresas, el transporte y los servicios, como se ha hecho en las sucesivas mesas temáticas de este encuentro.

La base agroexportadora es el sello distintivo de la Argentina. Durante gran parte de su historia la industria fue sinónimo de agroindustria y los servicios contribuyeron a diseñar la desigualdad regional, que es difícil no advertir hoy como producto de ese pasado y de este presente, que ha puesto más empeño en recomponer el país agrario que en buscar alternativas complementarias, tanto desde los sectores dominantes como desde los subalternos.

Don Arturo Martín Jauretche escribía en su Manual de Zoncercas Argentinas (1968) acerca de las “*fuerzas vivas*” y “*los que las usan*” que: “*Siendo Presidente del Banco de la Provincia de Buenos Aires (1946-1950) recibí una vez a los miembros de la Cámara de la Bicicleta, comprobando que estaba integrada por los importadores y por los fabricantes. Esto no duró mucho tiempo, como es lógico, pero la actitud de la fuerza viva Unión Industrial, ya tiene 35 años de duración y es la misma de los ciclistas. ¿Cómo se explica? Esto se originó a raíz del Tratado Roca-Runciman*”....., que al decir del exforjista y mercantista, daba por tierra con “*las posibilidades emergentes de la expansión total del país y se repartían el mercado ya existente. La Unión Industrial, es decir, los vivos que constituyen la fuerza viva, prefirió la política de un mercado pobre, en monopolio, a la de un mercado rico, en competencia*”, continuaba diciendo Jauretche.

Más allá de las distancias, las coincidencias o las diferencias con la opinión de este nacionalista de raza de la política argentina, es difícil discutirle que la elite industrial argentina es un grupo económico que resulta intervencionista de Estado a la hora de postular ventajas particulares, en tanto “*se aferran a la política liberal tradicional cuando se trata de una orientación general de la producción*”. Una explicación que al autor de las zoncercas le permite justificar por qué “*un organismo apolítico como la Unión Industrial ha tenido tan decidida actividad política cada vez que ha estado en conflicto la posibilidad de una política económica nacional, con la de los mercados tradicionales*”¹. Pero, claro está, hoy hablamos de otro tipo de “*industrias*”, cuando el aparato industrial de nuestro país ha sido desmantelado y las palabras de Jauretche suenan lejanas y casi extrañas para quienes no ven en el pasado un nexo con el presente.

No hace mucho tiempo la Directora de Empleo del Ministerio de Trabajo, afirmaba que en la Argentina “*el plan es trabajar*”. Si se acepta el desafío planteado en estas Jornadas y al que invita el propio gobierno nacional, quien desde hace tiempo ha pretendido mudar el Plan Jefas y Jefes de Hogar Desocupados hacia el Seguro de Capacitación y Empleo y el Plan Familias, con la decisión de absorber a través del trabajo y con dignidad, a los llamados “*pobres estructurales*”, las proposiciones que pueden aportar las Ciencias Sociales, resultan sustantivas. Si la voluntad es ésta, los estudios acerca de la industria, los empresarios, el trabajo y sus políticas -que se han discutido en esta reunión- podrán ser insumos para instituciones públicas y privadas que quieran contar con un diagnóstico para emprender correcciones y llevar a cabo mejoras sociales.

El diagnóstico de las políticas públicas implementadas es necesario, tanto como la búsqueda de instrumentos que permitan recuperar los hábitos de trabajo que perdieron los desocupados, como para incrementar las exportaciones con valor agregado, que aparecen descuidadas tanto históricamente como en la Argentina actual. Para concretar estos objetivos en beneficio de políticas activas de empleo e industrialización, los aportes de los científicos sociales resultan significativos e imprescindibles.

Luis Pasteur hace más de un siglo sostenía que el cultivo de las ciencias se presenta como “*más necesario para el estado moral de una nación que para su prosperidad material*”. Parafraseando a Bernardo Houssay - fundador del CONICET en 1958- puede aun hoy sostenerse que “*la jerarquía y el poderío de una nación dependen en grado fundamental de su desarrollo científico y técnico en perpetua evolución*”, porque de ese patrimonio cultural también dependen, como él mismo afirmara, “*la salud, el bienestar, la riqueza, el poder y hasta la independencia de las naciones*”.

La Argentina es un país, como nos recordara hace un par de años atrás Alain Touraine, que se construyó desde la escuela y en la dignidad del trabajo para conformar una sociedad que nos incluyera a todos. Educación y trabajo eran mecanismos para el ascenso social; trayectorias que hoy es imprescindibles.

¹ Arturo Jauretche (2002): *Manual de zoncercas argentinas*, Buenos Aires, Corregidor, pp. 189-190.

dible recuperar y recrear, cuando se hace evidente la urgencia que asume la consolidación de la identidad nacional y también la vigorización de la memoria de los argentinos, como parte de la inclusión social, de una auténtica independencia y de una libertad genuina. La brecha entre trabajo y desempleo, entre industria y simple productor de materias primas, es también una fractura para otros valores, porque no se concibe la solidaridad sin una relación equitativa de participación, que necesariamente debe incluir al trabajo y a la producción.

Recoge Leila Guerreiro haciéndose eco de una noticia aparecida el 16 de abril de 2002, en el diario *Clarín* (p.35) que *“en Europa se había descubierto una megacolonia de hormigas argentinas, hormigueros que recorrian 6.000 kilómetros, desde la riviéra italiana hasta el norte de España”*. Se evaluaba el fenómeno como *“un caso único de cooperación y proyecto colectivo”*. Un científico suizo comprobaba estupefacto que estas hormigas no se peleaban entre ellas *“como es esperable en hormigas de distintos hormigueros. Quizás el milagro lo había amasado el desarraigo”*, continuaba diciendo Laurent Keller. Mientras tanto, lejos del ejemplo de estas hormigas los argentinos parecemos seguir divididos, inmersos en rencillas domésticas, sin plasmar un proyecto común. Leila Guerreiro saca una rápida conclusión que podría ser compartida por la mayoría de nosotros: *“Hay algo alarmante en el hecho de que el único organismo social y argentino que ha logrado un proyecto común sea una plaga”*.²

En nombre del CONICET que ha auspiciado este encuentro, agradezco a todos aquellos que de una u otra manera participaron de estas Jornadas, porque a través del debate que se dio en ellas se produjeron valiosos resultados. Productos demostrativos no sólo del significado de las Ciencias Sociales en el quehacer de la política cotidiana, sino porque la síntesis de estas discusiones resulta -como dije- un insumo indispensable a la hora de construir políticas públicas, a partir de la pregunta central de este foro, que remite a la complementariedad o la contradicción, más allá de las fronteras nacionales, del país de las estadísticas virtuales, de los *“holdings”* y de la exclusión, sobre un problema que forma parte del horizonte de preocupaciones y del espíritu de resistencia en la vida cotidiana de hombres y mujeres de este recién nacido y conflictivo siglo XXI.

Hoy la Argentina tiene una oportunidad, aunque condicionada por el saneamiento macroeconómico, en el beneficio de coincidir con un período favorable en el contexto internacional, frente a un notable cambio en la organización de la producción y exportaciones que crecen a un ritmo de casi un 8 % anual aunque no hayan generado aun sustentabilidad para el desarrollo, innovación, ni empleo calificado. Son estos los asuntos que hay que revertir para que no se repitan los resultados de los años 70 que pusieran en jaque a la red industrial argentina. Hay que lograr un delicado equilibrio entre: inversión, ahorro, tasas inflacionarias y demanda. Una propuesta en la cual la industria no puede ni debe estar ausente.

Dr. Mario Rapoport

“Una mirada histórica sobre el debate acerca del crecimiento económico y la reindustrialización.”

Lo que distingue al economista “científico” del resto de la gente que piensa, habla y escribe de economía –decía Joseph Schumpeter, el conocido economista austriaco- es el dominio de técnicas que pueden clasificarse bajo los tres títulos generales de historia, estadística y “teoría”, entre los cuales destacaba la importancia de la historia económica. Y explicaba sus razones. En primer lugar, debido a que la economía constituye un proceso único desplegado en el tiempo histórico. Segundo, porque el registro histórico tiene que reflejar también, inevitablemente, hechos “institucionales” que no son puramente económicos; facilitando de este modo el mejor método para comprender cómo están vinculados los hechos económicos con los no-económicos y cómo se deberían relacionar las ciencias sociales entre ellas. Tercero, porque la mayor parte de los errores básicos cometidos en el análisis económico se debe a la falta de experiencia histórica, más que a cualquier otra insuficiencia del instrumental del economista.

² Martín Kovensky (2003): *Limbo. Argentina 2002. Un relato en imágenes*, Buenos Aires, FCE, pp. 54-55.

Siguiendo este enfoque, el debate que se ha abierto entre economistas, motivado por las altas tasas de incremento del PBI en los últimos años, con respecto a qué modelo de desarrollo tiene la Argentina actualmente y en que se parece a períodos anteriores, está mal formulado. Explicar ese fenómeno a partir del simple análisis cuantitativo resulta poco significativo; lo que interesa son las características intrínsecas del mismo. La pregunta que cruza transversalmente la discusión es la siguiente: ¿se parece este proceso al que se vivió durante los primeros años del siglo XX, en la época de auge del modelo agroexportador?, como entre 1903 y 1912, con tasas relativamente altas de crecimiento ¿O se trata, más bien, de una verdadera reindustrialización cuyas rasgos dominantes son más cercanos a ciertos momentos de las décadas de 1940 a 1970?, cuando tomó mayor vigor un proceso de sustitución de importaciones y de predominio del sector industrial. Nuestra posición en este sentido es terminante: la economía argentina transita una nueva etapa con sus propias particularidades, pero con más puntos de contacto con el segundo período que con el primero.

Empecemos por analizar algunas de las características del modelo agroexportador. Resulta innegable la importancia que tuvo para el crecimiento durante este período la exportación de ciertos alimentos y materias primas, bienes en los que nuestro país presenta, aún hoy, claras ventajas comparativas. Sin embargo, es necesario resaltar que la dinámica del crecimiento económico durante estos años fue mucho más compleja que lo puede deducirse de ese simple hecho. El montaje y desarrollo de la estructura agropecuaria, basada en las exportaciones, corría a la par con un sistema que requería un fuerte endeudamiento del exterior. La dependencia financiera que nuestro país tenía con las metrópolis de aquel entonces -Inglaterra y otros países europeos-, generaba una alta vulnerabilidad, de forma tal que los ciclos de la economía argentina estaban ligados a los movimientos de los flujos internacionales de capital. Cuando estos flujos se detenían por razones internas o externas, como sucedió en 1885, 1890, 1913 y 1930, los mercados se contraían rápidamente, dando lugar a profundas crisis económicas. Además, es preciso destacar que durante estos años el crecimiento de la economía a altas tasas no dio lugar a una mejora sostenida de la calidad de la vida de la población y de los millones de inmigrantes que llegaban a estas tierras, que dependieron de lo que más tarde se conoció como “efecto derrame” y no de políticas de distribución de ingresos. Políticas que si tuvieron países con una estructura agroexportadora similar, como fue el caso de Australia. El modelo agroexportador se sustentaba, en cambio, en un esquema de crecimiento que permitía ciertos grados de movilidad social, pero que se traducían también en duras condiciones de vida para la mayor parte de los trabajadores rurales y urbanos.

El período de industrialización por sustitución de importaciones tiene, a su vez, características propias. A diferencia del esquema anterior, el núcleo dinámico de la economía lo constituía la industria y, más específicamente, la industria orientada al mercado interno. Se trataba de un esquema de economía más “cerrada”, debido a la relativa independencia del ahorro externo en que se encuadró esta etapa, aunque en ciertos momentos existió un fuerte flujo de inversión extranjera directa. Los ciclos económicos, ligados también al sector externo, continuaron, pero con una lógica diferente a la imperante durante el modelo agroexportador. En la etapa de auge del ciclo, ante el crecimiento del consumo y la producción locales, se incrementaban las importaciones para comprar bienes de capital e insumos intermedios, al tiempo que se reducían los productos exportables debido a la mayor demanda interna, consecuencia del aumento de los salarios reales por la mejor distribución de ingresos y el mismo crecimiento. Los saldos comerciales se tornaban así negativos, obligando a tomar medidas para solucionar la crisis de la balanza de pagos resultante. La receta aplicada se basaba en devaluar la moneda, lo que llevaba a un aumento del precio de los bienes exportables y de los insumos industriales, con la consecuente inflación y recesión de la economía. Sin embargo, en lo que respecta a las condiciones de vida, resulta evidente que durante este período el crecimiento económico fue acompañado por un desarrollo social mucho más incluyente con relación a los sectores de menores recursos, por una alta participación de los asalariados en el ingreso nacional y por escasos niveles de desocupación. Un obstáculo en este período, fue la gran inestabilidad política, producto del accionar de grupos de poder políticos y militares y de la proscripción y radicalización de sectores populares.

Igualmente, es importante referirse al modelo rentístico-financiero implantado por la fuerza en 1976, tras el golpe militar de ese año. Bajo este esquema se produjo un marcado proceso de desindus-

trialización, en gran medida porque en opinión de las nuevas autoridades económicas el sector industrial era la base de peligrosas alianzas populistas, y el núcleo dinámico de la economía estuvo constituido por el sector financiero, acompañado secundariamente por el agropecuario. Los capitales internacionales, estimulados por el apoyo del FMI y otros organismos similares, ingresaron a nuestra economía en búsqueda de ganancias rápidas, aprovechando políticas de apertura irrestricta y, más adelante, la compra de los activos estatales a precios realmente irrisorios. Bajo este esquema el funcionamiento de la economía argentina se encontraba fuertemente atado a la entrada de capitales y al mantenimiento de un seguro de cambio llamado convertibilidad, y el principal responsable de conseguir las divisas necesarias para mantener tal estado de cosas era el Estado, a través del endeudamiento externo. Durante este período, como ya todos sabemos, las condiciones de vida de la mayor parte de la población se vieron drásticamente deterioradas: baste recordar que aún con pequeños picos de crecimiento económico - como a principios de los noventa- aumentó fuertemente el desempleo y, con él, la marginación social y se cayó en niveles de pobreza e indigencia inéditos en el país. De todos modos, su balance cuantitativo también fue catastrófico y la brutal caída del 2001-2002 constituyó la culminación de ese proceso. Fueron nuestras tres décadas perdidas.

Veamos ahora cuales son los aspectos concordantes o discordantes entre la etapa presente y las anteriores. En primer lugar, el crecimiento de los últimos años estuvo basado en el ahorro interno de la economía, es decir, crecimos sin necesidad de pedir plata prestada en el exterior. Este es un punto fundamental que marca una ruptura con el modelo rentístico-financiero, así como también una diferencia sustancial con el esquema agroexportador. En segundo lugar, el sector industrial, basado en el mercado interno, volvió a ser un elemento principal de las altas tasas de crecimiento del PBI, acompañado ahora por una situación favorable en el frente externo, con fuertes saldos positivos, aunque sigue siendo todavía en forma predominante primario-exportador.

Sin duda, la dependencia de las divisas obtenidas por los productos primarios y la necesidad de hacer frente a compromisos creados por el endeudamiento externo previo, constituyen factores de riesgo que, en el caso de que las tendencias cíclicas se reviertan, pueden volver a producir restricciones en la balanza de pagos. Pero los superávits fiscales favorables, por una política que retiene para el Estado una parte apreciable de la renta de los exportadores y los mayores ingresos derivados de la reactivación interna, diferencian netamente este proceso de los anteriores, dejando un margen apreciable para hacer frente a futuras turbulencias y sostener el crecimiento. Se fortalecieron también las instituciones sociales y políticas y se restableció una política de derechos humanos necesaria para restaurar las heridas del pasado.

En cambio, debemos destacar que la situación social, aunque mejoró, no encuentra un paralelo claro con los otros períodos en cuestión. Resulta evidente que la actual coyuntura económica carga, debido a la herencia de las tres últimas décadas, con un déficit social inédito en la historia económica argentina, que requiere un sendero continuo de crecimiento y una política deliberada de redistribución de ingresos de muchos años, no para mejorar sino para devolver a gran parte de la sociedad las condiciones de vida que tenían antes de la implementación de las políticas neoliberales y de la preeminencia de un esquema rentístico-financiero.

Esa necesidad de incorporar al proceso de producción y consumo a vastos sectores de la población actualmente excluidos, torna indispensable la puesta en marcha de mecanismos que contribuyan a sostener la reindustrialización del país. Para ello, el Estado debe volverse a convertirse en un actor económico relevante y los mayores niveles de inversión pública y la participación en empresas privatizadas, son un paso en este sentido.

Con todo, todavía es imprescindible la reconstrucción de la capacidad regulatoria del Estado y de una estrategia que incluya la planificación del desarrollo, sin el cual la personificación de ganadores y perdedores seguirá siendo desempeñada por los mismos actores. El desligamiento del Estado de las decisiones de inversión y, con ello, de las características que adoptaba la estructura productiva, condujo, anteriormente, a reducir la política económica al sólo objetivo de resolver las urgencias de la coyuntura.

La carencia de una política de largo aliento fue deliberada y adquiere su manifestación más paradigmática, entre otras cosas, en la ausencia de una política industrial, como tuvo Brasil; en la no formu-

lación de planes de ciencia y tecnología; en la ampliación de los desequilibrios regionales; y en las profundas desigualdades sociales que padecemos y cuyas consecuencias no se previeron ni se paliaron.

La gran similitud, en cuanto a la gravedad de la crisis que atravesamos así como a las ideas hegemónicas prevalecientes en el período previo, hace inevitable asociar nuestra situación a la que dominaba la economía de los Estados Unidos en los años '30 del siglo pasado. La respuesta de ese entonces, que se dio en llamar el "New Deal" bajo la presidencia de Roosevelt, supuso un mayor involucramiento por parte del Estado en la esfera económica, con medidas que se extendieron desde el sostenimiento de la actividad productiva y la implementación de una política de empleo que dio trabajo a millones de desocupados, hasta la realización de grandes obras de infraestructura, como las del valle del Tennessee, transformando toda una región agrícola. El presidente Roosevelt destacaba al respecto, en un discurso del 24 de julio de 1933 que "todos los proyectos y todas las medidas legislativas... no han sido solamente una colección de proyectos, hechos al azar, sino las partes integrantes perfectamente ordenadas, de un conjunto lógico y conexo".

Al igual que en la denominada "planificación indicativa" francesa, iniciada en la segunda posguerra mundial con el Plan Monnet, lo que debe resaltarse es la articulación de las distintas medidas de corto y mediano plazo en un horizonte de largo alcance. En otras palabras, la necesidad de establecer una serie de objetivos y los respectivos instrumentos para alcanzarlos, los cuales habrán de modificarse, o no, de acuerdo a las vicisitudes que presente la realidad nacional e internacional.

Esta cuestión se vuelve acuciante en países como el nuestro, donde el carácter periférico nos ubica en una posición más vulnerable frente a los cambios que puedan producirse en el contexto mundial, como lo refleja hoy la inestable situación de la economía norteamericana y sus posibles repercusiones negativas, si se produce una suba considerable de las tasas de interés por parte de las autoridades monetarias del país del norte, siguiendo políticas adoptadas muchas veces en el pasado.

En este sentido, no puede soslayarse la débil capacidad operativa con que cuenta todavía el Estado nacional, sumada a los problemas de funcionamiento y personal capacitado como resultado de políticas deliberadas de desmantelamiento de sus estructuras y de predominancia de ideologías neoliberales.

Las circunstancias actuales, de fuerte crecimiento de la economía, tornan imprescindible la planificación de la acción estatal para que este proceso se autosostenga, lo que reactualiza el debate sobre la creación de los mecanismos necesarios para su puesta en marcha. En este sentido, debiera, por caso, rescatarse la experiencia de organismos como el Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE), creado en 1961 y disuelto años más tarde.

El direccionamiento del crédito hacia los sectores productivos que permitan dinamizar la actividad económica (lo que sería facilitado por la creación de un Banco de Desarrollo); el fortalecimiento de la investigación básica y aplicada siguiendo criterios selectivos que la subordinen a fines nacionales; la transformación del proceso de integración regional en un verdadero instrumento para aumentar el nivel de vida de nuestras sociedades y no sólo el beneficio de empresas transnacionales; y la explotación ventajosa de los recursos naturales, y en especial de los energéticos; son algunas de las tareas que reclaman un Estado capaz de trazar una estrategia que las articule en su aplicación.

Para concluir, resaltando que no existen dos períodos históricos iguales sino que se trata tan solo de un ejercicio útil para comprender el presente, puede afirmarse que el rumbo actual de la política económica procura ser una etapa nueva y superior del período trunco de industrialización, que debemos reivindicar frente a las interpretaciones críticas de la ideología neoliberal. Es necesario aún resolver el déficit social, realizar una política más definida de planificación del desarrollo y sostener en el tiempo un sendero estable de crecimiento con equidad. Pero, sobre todo, parece existir la voluntad política de aprender del pasado y no depender de las estructuras del poder económico y financiero internacional y de los flujos de capitales milagrosos sino, y en primer lugar, de nuestras propias decisiones e intereses.